

MIRANDO HACIA LA OTRA EUROPA

LA CAPITULACIÓN DE UN RÉGIMEN

NO se trata del fracaso de la III República, cotidianamente repetido por los doctores de la «Acción Francesa», León Daudet y Charles Maurras. Invitamos a nuestros lectores a un pequeño viaje de ida y vuelta a la «otra Europa». El panorama tiene como marco la Rusia de los Soviets. Es de gran interés, a la hora actual—en esta primavera del Viejo Mundo, desnudada de nieves y cargada de augurios—, registrar lo que el sismógrafo indica mirando «hacia la otra llama». El sensible instrumento señala con precisión obvia una derrota importante del gobierno de Stalin, el todopoderoso señor de la estepa.

Este jefe tremendo, que durante largo tiempo se había empeñado en hacer figura de *moderado*, para oponerse a Trotsky, su rival y fervoroso partidario del comunismo extremista, concluyó a la postre después de la evicción del ex-comisario de guerra, hoy desterrado en Constantinopla, por adoptar las doctrinas y los principios de éste. El zar rojo se ha convertido, poco a poco, en el *más puro de los puros*. Al que antaño se llamaba «rey de los Kulaks», o sea algo así como líder o director de los acaudalados campesinos, que poseen abundantes recursos y pan blanco en la artesa, se ha trocado en el hombre de la falaz muchedumbre, y hace oír, como preludio de amenazas perentorias, su grito de guerra contra los cultivadores pudientes. Su gobierno ha acordado suprimirlos y habrá saña contra ellos hasta que no quede uno con vida útil. Es la poda al machete desde el cabo a la raíz. Esta ruina metódicamente organizada de los rurales capaces de contratar a jornaleros para trabajar sus tierras, es lo que se denomina la *dekulakización*.

Como es sabido, la caza de los Kulaks dió principio desde hace años. Comenzó la ofensiva denunciándolos como fautores del antiguo régimen. En la actualidad, los agentes regionales de Stalin apellidan *Kulak* a todos los que ellos se proponen perder, perseguir y expropiar. El ideal del momento es obligar a todos los ciudadanos del agro a laborar en los dominios del Estado en calidad de asalariados, y forzarles a que abandonen

todos sus bienes terreno — no importa lo modestos que éstos sean—en beneficio de la máquina colectiva. Retorno al cautiverio de la gleba—comentan los adversarios del régimen.

Como era de vaticinarse, la Rusia rural se ha sublevado. Los *Kulaks* desposeídos se han refugiado en las montañas siberianas, donde se disponen a organizar guerrillas para ejercer sangrientas represalias. Les ha llegado el turno, ahora, a los campesinos modestos de las aldeas, quienes se acaban de rebelar contra el sistema comunista, después de una brusca y precipitada acometida oficial. Frustrada dicha ofensiva, Stalin y sus prosélitos de Rusia y del extranjero proclaman que los agentes soviéticos son culpables de excesos de celo, que esos desmañados se han propasado en las instrucciones del gobierno bolchevique. En pocas palabras: es toda una retractación en regla.

¡Pero en qué tono ha sido hecha esta denegación! En una hoja revolucionaria francesa, el redactor comunista escribe con lágrimas en los ojos:

Que los campesinos que entran a formar parte de una explotación colectiva puedan guardar a título de propiedad individual algunas gallinas y una vaca (una solamente), esto no pondrá en peligro al socialismo (es un comunista quien habla); unas cuantas gallinas y una vaca no son suficientes para servir de base a la acumulación, para permitir a ciertas gentes el adquirir medios de explotar a sus semejantes. Por lo contrario, varias gallinas y una vaca, forman parte de la familia (textual). Se comprende que los hombres del campo hayan querido conservar individualmente el usufructo de sus animales domésticos, como se desea tener individualmente el usufructo o la posesión de su cama y de su sombrero.

A su vez, el periódico soviético de París, *L'Humanité*, ha referido ingenuamente numerosas historietas de campesinos despojados de su humilde haber y a quienes hubo que restituírseles su bien. El órgano de los comunistas explica, conforme a la versión de Moscú (naturalmente), cómo el *equivoco* se produjo, de resulta, según parece, de los excesos de celo de los subalternos...

Se registraron faltas inadmisibles, tales como la *dekulakización* de los campesinos de medianos recursos y de los campesinos pobres. Muy a menudo algunos colectivistas demasiado «consecuentes» comienzan al segundo día de la organización de un *kholkhose* (granja, hacienda soviética), la *socialización* de todo el ganado particular: vacas, puercos, aves de corral, así como frutas, flores y legumbres de los jardines y huertas, etc., sin tener en cuenta para nada la importancia y el número de lo que de todo ello utiliza cada campesino.

¡Restituid! ¡Restituid!, burócratas demasiado «consecuentes», intolerables metedores de pata, ¡intérpretes inconscientes de los amos de la Guepeu! ¡Y rápidamente! ¡Porque váis a dar al traste con toda la desvencijada maquinaria del dios Lenin!

A través de las informaciones disparatadas que nos llegan de la «otra Europa», fácil es entrever que las luchas en las localidades agrarias han asumido un cariz de violencia extraordinaria, sobreexcitadas además por las querellas religiosas. En un poblado de la Rusia Asiática un bolchevique más rojo que la sangre fué quemado vivo; los detalles de su muerte son espeluznantes: al intentar escapar a las llamas, un grupo colérico y vesánico regó su cuerpo con petróleo para acabar de una vez con esa antorcha humana... No se sabrá nunca la décima parte de esos dramas sordos que se adivinan, que apenas se comprenden... y a los cuales la censura les barre el camino dentro y fuera de ese fabuloso infierno de hambre, miseria y desesperación. Pero Moscú ha reaccionado—y es ésta la última faz del régimen y por ello llamamos la atención del público—; los Soviets se han dado cuenta de que había mucho riesgo en despertar, gratuita e impunemente, el odio de los campesinos, y, por ende, de los obreros, ya que casi todos éstos proceden de familias rurales. Los Soviets han perdido terreno, y oficial y doctrinariamente, han retrocedido unas cuantas leguas.

Expliquemos el párrafo anterior. Al tomar los bolcheviques las riendas del gobierno en Octubre de 1917, diciendo *urbi et orbi*: «Todo el poder a los Soviets, toda la tierra a los campesinos», compraron el silencio de la aldea con el desposeimiento del gran propietario. Cuando pasaron al segundo acto, suprimiendo la clase de los campesinos acomodados, de los *Kulaks*, largo tiempo tratada con circunspección, finalmente herida de muerte, no encontraron—con excepción de sus víctimas directas—ninguna dificultad. Cuando pretendieron suprimir, después de la gran propiedad, después de la mediana propiedad, la pequeña propiedad, han desencadenado la tempestad en todos los villorrios.

Cuando el colectivista inscribió en su registro, para pasarlo luego al libro mayor de la «comunidad», lo que pertenecía a cada uno, su diminuto ganado y su gallinero, la protesta y la

indignación fueron generales. Y, al fin de cuentas, ante los cuernos de la vaca lechera, ante el hocico del puerco y ante el pico de la gallina y la pata del ganso, *los Soviets se han visto obligados a ceder...*

Frente a la insurrección aldeana, el sumo sacerdote Stalin se bate en retirada quemando los últimos cartuchos. Es verdad —y no desdeñe el lector este detalle—, es verdad que al lado de las mansas bestias y de las aves de corral, figuran el mujik, su mujer y la larga y dolorosa cadena de hijos. Todo un pueblo, y casi tiene uno ganas de escribir: ¡Todo un mundo!—CARLOS DEAMBROSIS-MARTINS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

EUGENIO GARZON, PROFESOR DE CONCORDIA

EL *Imparcial*, diario prestante de Montevideo, está publicando fragmentos de un hermoso libro de don Eugenio Garzón, intitulado *Mis Patriadas*. En él evoca el noble patrio figuras históricas de una época fenecida, actitudes de afirmación y rebeldía, el quijotismo de sus mocedades, la ardua empresa de una generación que establece libertades civiles. El relato es ameno y libérrimo; en él se maridan la añoranza y la admonición, el himno patriótico y la melancolía. A veces parece grave testamento, otras canto de alacridad y de esperanza. El historiador de una viril epopeya castiza huye de la retórica, narra sencillamente, conmueve con algún rasgo inesperado o una imagen que enlaza soberbiamente la tierra nutricia y la acción humana.

Don Eugenio Garzón, a quien llaman familiarmente sus amigos don Eugenio, ha sido siempre el caballero andante y militante de muchos ideales. Hijo de un Libertador, del General Garzón, a quien han consagrado recientemente homenaje muchas de nuestras repúblicas, él también interviene en la ruda gesta de su nación con gallardía y entusiasmo. «La enfermedad del alma, acaba de escribir recordando a Clemenceau, es la frialdad», y él ha sido siempre adalid ardiente, cruzado sin reposo, soldado andariego por tierras ásperas, resuelto en todo instante al sacrificio.

Hombre de todas horas, habría dicho de él Gracián. Elegante sin incurrir en dandismo, ama la acción y el mundo; se